

La suscripción de este diario vale solamente **cuatro reales al mes**, sin embargo de que tiene mas material, mas sustancia, mas amenidad que la *Tribuna*, el *Mercurio* i el *Araucano*, que se hacen pagar 20 reales al mes por publicar la defensa de los opresores del Pueblo. La suscripción se pagará adelantada.

# EL AMIGO DEL PUEBLO.

Bien aventurados los que han hambre i sed de justicia, por que ellos serán hartos.

Los avisos de los suscritores se publicarán gratis i los demas se insertarán por **cuatro reales** por las cuatro primeras veces i **un real** por las subsiguientes. Se admite de valde todo remitido en contra de la tiranía. Las correspondencias de las Provincias vendrán francas de porte. Las de la Capital se remitirán a la oficina del diario.

Imprenta del Progreso plaza de la Independencia, número 32.

## EL AMIGO DEL PUEBLO.

MARTES 14 DE MAYO DE 1850.

### LA REVISTA I SUS REDACTORES.

Vuelve a cansarnos la *Revista Católica* con sus impertinencias.

Vuelve a predicar contra nosotros, pretendiendo azuzar odios i rencores.

Habiamos resuelto no decir una sola palabra más a los fariseos de la *Revista*; pero sus nuevas *majaderías* nos mueven a darles un buen consejo.

Todos saben que la cuestion promovida por la *Revista Católica* tiene dos objetos:

El primero: favorecer los inicuos planes del círculo retrógrado, removiendo para esto contra nuestro diario el fanatismo i las preocupaciones populares. Este rabioso empeño con que pretenden desprestigiar nuestros escritos, proviene del temor que abrigan a todo cambio administrativo, a toda reforma, que traiga por consecuencia la elevacion del pueblo. La falanje de soberbios sacerdotes que mantienen la cuestion con el diario que redactamos, es una mezcla de ambicion, de altanería, de mala fe i de inhumanidad. Los clérigos de la *Revista Católica*, tienen pues ideas de aristocracia; i de aquí el empeño con que tratan de anular todo lo que contribuya al adelanto de la clase pobre. En este sentido los clérigos de la *Revista* son funestos en la Republica.

El segundo motivo que los arrastra a mantener esta cuestion, es de puro interes personal: la *Revista Católica* en su primera época, gozó de una reputacion justamente merecida, porque, aunque siempre se mostró intolerante en cuestiones relijiosas, al ménos guardó en los debates la desencia que exige una publicacion, órgano confesado de una parte del clero.

Mientras la *Revista Católica* se mantuvo a esa altura, su publicacion fue un buen negocio; pero desde el instante en que sus antiguos redactores la abandonaron i se apoderaron de sus columnas altaneros sacerdotes i plumas acostumbradas a escribir dictérios, la confianza pública le fue retirada a la publicacion que nos ocupa, i sus estensas listas de suscriptores fueron desapareciendo gradualmente.

Importaba pues que en las actuales circunstancias, la *Revista* tomase novedad, apareciese con algo que la recordase al público ante el cual pasaba desapercibida. He aquí porque se aprovecharon de un frívolo pretexto para sembrar la alarma i dar al libelo jesuítico un tono de proclama, tan inchado i ridículo como la figura del redactor de esa publicacion.

De manera pues que la cuestion que mantiene la *Revista*, no tiene mas objetos que los indicados: *favorecer las miras de Montt i*

*los suyos, i traer algunas monedas a los bolsillos de don Ignacio Larráin, del clérigo Salas i de algun otro personaje del mismo círculo.*

Véase pues que para nada entra la relijion en estos debates; i cuan inmoral es aprovecharse de nombres sagrados para conseguir fines tan mezquinos, tan personales.

La franqueza con que hablamos sobre esta materia, es el resultado de la conciencia que abrigamos sobre la verdad que encierra lo que dejamos dicho:

Las últimas contestaciones de la *Revista Católica* en la cuestion presente, son un farrago de imposturas, de mezquinas alusiones, de calumnias, de huecas palabras i de frases sediciosas i altamente criminales.

Juzgue el pueblo de la caridad i mansedumbre evangélica de los clérigos que nos provocan, en las siguientes líneas que les copiamos al pie de la letra: *aquí toca a la sociedad en masa escarmentar a tan avevosos traidores. Nosotros los señalamos a la execracion de todos los católicos.....* Esta altanería en sacerdotes que han hecho profesion de la humildad, contribuye a borrar del corazón del pueblo la fe i el respeto debido a la santa relijion.

De una manera indirecta, han pretendido los redactores de la *Revista* descender al privado de nuestras vidas; i decimos indirecta, porque aunque visiblemente somos

## FOLLETIN.

### EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Dumas.

#### CAPITULO VI.

LA COSIGNA.

(Continuacion.)

Ese dia María Antonieta estaba contenta, i hasta alegre; estaba hermosa; i paseaba su vista del espejo a Andrea, a quien dirijia las mas afectuosas miradas.

—A vos no os han reñido,—dijo,—a vos libre i fiera, a vos a quien todos tienen algo de miedo, porque, como la divina Minerva sois demasiado sabia.

—Yo, señora —balbuceó Andaea.

—Si vos el mata-alegría de todos los pisaverdes de la corte; ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Qué feliz sois—

drea, en estar soltera, i sobretodo en teneros por feliz de serio!

Andrea se ruborizó i trató de sonreír diciendo:

—Es un voto que he hecho.

—¡I que cumpliréis, mi bella vestal!—preguntó la reina.

—Así lo espero.

—¡A propósito!—esclamó la reina....—ahora me acuerdo.....

—De qué, señora?

—De que, sin ser casada, teneis un dueño desde ayer.

—¿Un dueño, señora!

—Sí, vuestro querido hermano. ¿Cómo se llama?

Creo que Felipe?.....

—Sí, señora, Felipe.

—¿Ha llegado?

—Ayer como Vuestra majestad se dignaba decirme.

—¡I no le habeis visto aun? ¡Qué egoista soi! Os he arrancado de él ayer para llevaros a Paris. En verdad que he cometido una falta imperdonable.

—¡Oh, señora! Yo os perdono de todo corazón, i Felipe tambien,—dijo Andres sonriendo.

—De seguro?

—Respondo de ello.

—¿Por vos?

—Por mí i por él.

—¿Cómo está?

—Siempre bello i bondadoso, señora.

—¿Qué dad tiene ya?

—Treinta i dos años.

—¿Pobre Felipe! ¿Sabeis que hará muy luego catorce años que lo conozco, i que en este tiempo he estado nueve o diez años sin verlo?

—Cuando Vuestra Majestad se digue re-velarlo, se tendrá por muy dichoso en asegurar a Vuestra Majestad que la ausencia no ha menoscabado en nada los sentimientos de respetuosa adhesión que habia consagrado a la reina.

—¿Puedo verlo ahora in simo?

—Dentro de un cuarto de hora estará a los piés de Vuestra Majestad, si Vuestra Majestad se lo permite.

—¡Bien! ¡bien! se lo permito, i hasta lo quiero —No bien acababa la reina de pronunciar estas palabras, cuando un hombre vivaracho, ligero i bullicioso, se deslizó, o mas bien saltó sobre la alfombra del gabinete de tocador, i reflejó un rostro risueño i picareco en el mismo espejo en que María Antonieta sonreía al suyo.

—¡Mi hermano de Artois!—dijo la reina.—¡En verdad que me habeis causado miedo!

—¡Buenos dias, señora!—dijo el joven príncipe.

nosotros los que inspiramos los inmundos escritos de esos inmorales fariseos, con todo aun no se atreven a encarársenos en ciertos puntos, porque temen, i con razon, la represalia.

La *Revista*, si hemos de juzgar por este último número, comienza a ocupar en la prensa el rol del *Corsario*, llamándonos seductores, libertinos, i diciéndonos otras vulgaridades por ese estilo. Nosotros conocemos *muy particularmente* a los redactores que así nos insultan; i si se nos ocurriera contestar con el *Timon*, al *Corsario* de los clérigos de la *Revista*, habríamos de contar escenas picantes en que figurasen los *hermanos* redactores.

Pero tenemos la mesura i la moralidad suficientes para no enlodarnos con cuestiones semejantes, en que no perderíamos nosotros porque jamas hemos hecho tráfico con la hipocresía.

Abandonamos pues esta cuestion, que nos obligaría talvez a revelar circunstancias indecorosas para nuestros enemigos: aunque los despreciamos como hombres, con todo respetamos el traje que visten, por cargarlo tambien sacerdotes dignos, humildes e ilustrados.

El consejo que deseamos dar a los clérigos redactores de la *Revista Católica*, es a fin de que se hagan conocer del pueblo por las virtudes de caridad, de mansedumbre i de tolerancia, ántes que por escritos preñados de odios i de calumnias.

Si quieren ser respetados por la clase pobre, abandonen esos hábitos de soberbia, de avaricia i de ambicion; olviden las comodidades de la vida opulenta, para recordar i socorrer las miserias del pobre; pre-

diquen palabras de consuelo i de esperanza, i no trases execrables e imposturas infames; arrojén los suntuosos trajes de seda i economícen los superfluos gastos de una vida olgizana i aristocrática, para descender a las miserables habitaciones a consolar al desgraciado en sus miserias.

Esa es la mision del sacerdocio, esa es la manera con que debe recomendarse al pueblo. Lo demas es burlarse de los deberes que les impone la religion i contribuir a desprestijiar los santos i sublimes preceptos evangélicos.

El Coronel Correa Da Costa debe ser traído mañana ante el jurado que ha de decidir si es o no condenable la 4.ª entrega del originalísimo escrito, que aquel caballero publicó como su viaje a la California.

Creemos que el escrito del señor Da Costa, no tiene de ninguna manera el carácter de injurioso con que se ha procurado presentarlo en la acusacion.

Se acusa al Coronel Da Costa porque se le supone decir en su escrito que el señor Cueto es un jugador; pero esta suposicion es gratuita de parte del acusador. El Coronel asegura haber visto jugando a Cueto; i esta circunstancia nada tiene de particular, en nada ofende la buena reputacion de que goza como hombre juicioso don Pedro Cueto. El acto de jugar una o varias veces no constituye el carácter del jugador. El jugador es el vicioso que pierde su vida al rédedor del tapete i que hace de esta pasion su sola ocupacion; pero el Coronel tan distante ha estado de dar a entender semejante cosa, que al contrario, ha recomen-

dado al señor Cueto, como a uno de los mejores comerciantes de San Francisco.

Nosotros que conocemos muy bien el buen carácter del señor Da Costa, estamos seguros que al atacar al señor Cueto como poco apropiado para Cónsul de Chile en California, tuvo en vista únicamente recomendar para ese cargo a personas que, a su juicio, crece mas aptos que el señor Cueto.

Es doloroso que por la dureza de una lei bárbara i por la forzada interpretacion de un escrito, esté un anciano respetable detenido entre las paredes de un calabozo i en la casa en donde se aseguran a los criminales.

Esperamos que los jurados tengan consideraciones a la edad respetable, a la sana intencion i a lo insustancial de una ofensa, que consiste en decir que se ha visto jugar una vez a un individuo. Fijándose en estas circunstancias evitarán seguramente los sufrimientos que pueden sobrevenir a un anciano entre las murallas de una cárcel.

#### Nuevo Intendente de Santiago.

Hoi se ha publicado el nombramiento del nuevo Intendente de Santiago, hecho en la persona de D. Matías Ovalle. Este caballero pertenece al círculo político de que es jefe D. Manuel Montt. Ojalá este nuevo mandatario olvide sus intereses políticos, por ocuparse de las necesidades del pueblo i de los medios de remediarlas!

—¿Cómo ha pasado la noche Vuestra Majestad?

—Muy mal; gracias, hermano mio.

—¿I la mañana?

—Perfectamente.

—Eso es lo esencial. Hace un momento he soñado que la prueba se habia soportado con felicidad, porque he encontrado a mi hermano que me ha dirijido una sonrisa muy amable. ¿Lo que es la confianza!

La reina se echó a reir, i el conde de Artois, que no sabia nada mas, se rió por un motivo muy diferente.

—Ya caigo—dijo,—¿qué atolondrado soi! si quiera he preguntado a la señorita de Tavernet como habia empleado el tiempo.

La reina se puso a mirar en espejo, cuyos reflejos le descubrian todo lo que pasaba en el cuarto.

Leonardo acababa de terminar su obra, i la reina, desembarazada del peinador de muslina de la india, se puso el vestido de mañana.

En esto se abrió la puerta.

—Mirad,—dijo la reina al conde de Artois,—si quereis saber alguna cosa de Andrea, aqui viene.

En efecto, Andrea entra en aquel mismo momento cojida de la mano de un hermoso caballero de cara morena, ojos negros de profunda nobleza i melancolia; un vigoroso militar de frente intelijente i apostura severa, parecido a uno de esos hermosos retratos pintados por Coipel o Canisboroug.

Felipe de Tavernet vestia una casaca gris oscura finamente bordada de plata, pero aquel gris parecia negro, i aquella plata parecia hierro; la corbata blanca, i la pechera blanca mate, resaltaban sobre la chupa de un color sombrío, i los polvos de

su cabellera realizaban la varonil enerjia de sus facciones i color.

Felipe se adelantó con una mano cojida de la de su hermana, i en a otra el sombrero.

—Señora,—dijo Andrea inclinándose,—aquí tenéis a mi hermano.

Felipe saludó con gravedad i lentitud.

Cuando levantó la cabeza, aun la reina no habia separado la vista del espejo, aunque es verdad que veia en él tan bien como si hubiese mirado a Felipe de frente.

—Buenos dias, señor de Tavernet—dijo la reina volviéndose.

La reina estaba bella con ese brillo real que confundia alrededor de su trono a los amigos de la soberania i a los adoradores de la mujer; tenia el poder de la hermosura, i, perdonémosen la inversion de la idea, tenia tambien la hermosura del poder.

Felipe, al ver aquella sonrisa, al sentir aquel ojo limpiado, fiero i dulce a la vez, fijarse en él, palideció i dejó ver en toda su persona la mas viva emocion.

—Parece, señor de Tavernet,—prosiguió la reina,—que nos destináis vuestra primera visita: gracias.

—Vuestra Majestad se digna olvidar que soi yo quien debo daros gracias,—replicó Felipe.

—¿Cuántos años,—dijo la reina,—cuantos tiempos pasados desde que nos hemos visto!

—¡Ah! ¡el mas hermoso tiempo de la vida!

—Para mí, sí, señora; pero no para Vuestra Majestad, para quien son bellos todos los dias.

—¿Conque tanto afecto habeis tomado a la América, señor de Tavernet, que os habeis quedado allí cuando todos volvian!

—Señora,—respondió Felipe,—M. de Lafayette, al dejar el Nuevo Mundo, tenia necesidad de un oficial de confianza a quien poder encomendar una parte del mando de los auxiliares, i en su virtud me a propuesto al general Washington, que so ha dignado aceptarme.

—¿Parece que nos vienen muchos héroes de esa parte del mundo de que nos habéis!—dijo la reina.

—Vuestra Majestad no dice eso por mí,—respondió Felipe riendo.

—¿I porqué no?—repuso la reina; luego, volviéndose hacia el conde de Artois, añadió

—Mirad, hermano mio, la hermosa apostura i el aire marcial del señor de Tavernet!

Felipe, viéndose puesto de este modo en relacion con el conde de Artois a quien no conocia, dió un paso hacia él solicitando del principe el permiso de saludarle.

El conde hizo un signo con la mano, i Felipe se inclinó.

—¿Hermoso oficial!—esclamó el jóven principe.—¿Un noble caballero que me alegro de conocer! ¿Cuáles son vuestras intenciones al volver a Francia?

Felipe miró a su hermana.

—Monsieur,—respondió,—tengo el interes de mi hermana que domina el mio, i de consiguiente haré lo que ella quiera que haga.

—Pero creo que hai ademas el señor de Tavernet padre,—dijo el conde de Artois.

—Eso no importa,—interrumpió vivamente la reina,—prefiero a Andrea bajo la proteccion de su hermano, i a su hermano bajo la vuestra. Corque, señor conde, os encargáis del señor de Taver-